

OPINIÓN POR RAMÓN DÍAZ

Más sencillo de lo que creen



COLUMNA

Por
Gabriel Pereyra

Son los del Nuevo Mundo quienes abandonan su tierra natal en busca de la oportunidad que ella les rehúsa...



Recientemente pasé cosa de un mes en España, recorriendo una apreciable parte de la península en coche, pasándome a tren ocasionalmente, cuando la extensión lo aconsejaba. Mi propósito era cerciorarme del progreso de que tanto oía, tras un lustro de ausencia. El hecho es que el progreso sobrepasó mis ilusiones, alimentadas por muchos testigos, ya que no encontré muestras ostensibles de pobreza en ninguna de las diez ciudades que visité, varias de ellas pequeñas; cuyo pavimento y urbanización era en todas magníficas, como así también el pavimento de las carreteras que transité me asombró por su perfección. Como montevideano, me sorprendió la falta casi total de transporte colectivo. Correlativamente, todos los cordones de vereda aptos para el estacionamiento están cubiertos por autos y motos, éstas amontonadas en sus zonas respectivas. En muchas ciudades están levantando la calzada, en proceso de construcción de parkings subterráneos, que suelen ser de cuatro pisos. El recuerdo de calles rotas, o en lentísimas reparación, tan característicos de nuestro medio, me cubría de vergüenza, y no digo nada del recuerdo de los cantegriles y los carritos transitando y hurgando residuos hasta en los lugares más céntricos de nuestra capital.

El rubor que cubre a un uruguayo desplazándose en semejante medio se combina con asombro. Parece mentira que, tiempo atrás, de urbes y pueblitos como las que ahora contemplamos admirados, salieron muchos emigrantes que se allegaron a nuestro suelo, admirándose de la abundancia de los alimentos, la comodidad de las viviendas, las oportunidades de trabajo que esta tierra, entonces de promisión, les ofrecía. Ahora, en relativamente pocos años, ese panorama ha colapsado, y todo ahora luce cabeza abajo. Son los del Nuevo Mundo quienes abandonan su tierra natal y salen en busca de la oportunidad que ella les rehúsa, y a los que no logran un pequeño espacio para infiltrarse en el Viejo Mundo se ven condenados a sentarse en un cráneo de vaca, buscando consuelo en un cimarrón que ahora ya sabe demasiado amargo, soñando con el día en que puedan

hacer a esta despoblada tierra algo más solitaria aún.

¿Cómo han asimilado los españoles esos cambios de suerte? La actual bonanza con facilidad, porque es fácil adaptarse a lo grato. España perdió su riqueza esplendorosa tal vez en el siglo XVI o poco después. Luego de aquella decadencia, nunca más levantó cabeza. En el siglo XX probaron la salida política de la pobreza que los ahogaba, pero la república (1931) no dio fruto alguno. Desde el principio no cosecharon más que yerros en economía e incremento de violencia en política. El levantamiento militar ocurrió a los cinco años de república, pero quien afirma que en esos cinco años previos al 17 de julio de 1936 fueron de paz falta a la verdad. Esa violencia determinó un considerable apoyo para la sublevación. Ambos bandos recibieron ayuda del exterior: italiana y alemana para los insurgentes y soviética para los gubernistas. Esta última significó decisiva influencia para el Partido Comunista, que hizo sentir su inclinación a pasar por las armas a todos los que presumieron favorables a los contrarios, notablemente a los clérigos y monjas. Este episodio sangriento, no sólo en los frentes sino también detrás de ellos. Cuando las fuerzas acaudilladas por el general Franco resultaron victoriosas, él debió gobernar un país terriblemente empobrecido. La destrucción de riqueza debida a la guerra se agravaba con la disparatada política económica, fuertemente estatista, siguiendo la tendencia de Falange, la influencia decisiva en el entorno de Franco. Un liberal español amigo mío me decía: la guerra se libró entre dos bandos socialistas, uno que se reconocía tal, y otro, el que encabezaba Falange, de la misma orientación, aunque sin saberlo, ni sus cabecillas ni el jefe del gobierno.

La pobreza continuó, pues, reinando sobre la España exangüe que emergió de la guerra civil, y sin visible salida hacia la prosperidad, como siempre que quien dirige el gobierno pertenece al socialismo "real", es decir, el que se toma en serio que el plan socialista, y no los mercados, ha de dirigir el funcionamiento de la economía. Ese lapso de socialismo real duró 20 años, desde 1939, cuando ce-

saron las hostilidades en la península, hasta 1959, cuando Falange descendió del poder, y alguien, llamado Alberto Ullastres, asumió las riendas de la economía. Muy pronto las fuerzas que estaban siendo frustradas en la economía asumieron el papel dinámico a que estaban llamadas. Desde entonces la economía española creció normalmente, sin solución significativa de continuidad, incluso a una tasa tal que le permitió ir reduciendo las ventajas de riqueza, respecto de sus vecinos europeos, que por las circunstancias ya aludidas había tenido que soportar.

Pero, sin que esta narración pretenda ir más allá que un boceto del gran tema a que he osado acercarme, hay un episodio que no puedo silenciar sin desvirtuar toda mi exposición. Me refiero al "retorno a la democracia", como por aquí suele decirse. El hecho inicial consistía en la muerte del general Franco en 1975. La economía llevaba mejorando 16 años (desde el Plan de Estabilización de Ullastres), pero la inflación de los últimos 12 meses marcaba aún 47 %. Se estaba retornando a la monarquía. Asumido el rey, se designó al Presidente del gobierno en la persona de Adolfo Suárez (lo que hoy es Rodríguez Zapatero). Suárez se propuso evitar las tensiones y los conflictos en la partida de la nueva etapa, particularmente que una áspera lucha obrero-patronal diese la tónica para el nuevo período. Con notable habilidad logró que, con la inflación corriente que acabo de mencionar, se conviniese que los sindicatos no reclamarían un aumento anual mayor del 22%. Firmaron el acuerdo: Adolfo Suárez por el gobierno, Calvo Sotelo por la UCD, Felipe González por el PSOE, Santiago Carrillo por el Partido Comunista, Manuel Fraga por la Alianza Popular y Tíerno Galván por el PSP. A este notable contrato, que se recuerda como el "Pacto de la Moncloa", por el nombre del palacio que hasta hoy aloja al presidente del Gobierno, hay que reconocerle el notable éxito con que brilla la España de hoy.

Aparte de estos aspectos no hay otros secretos para explicar el brillo con que España hoy nos deslumbra. Nada del otro mundo. Si sólo nuestros gobernantes lo comprendiesen...

EL RESPETO POR LA LEY Y EL ORÍN DE LOS PERROS

La Intendencia anunció esta semana que se pondrá severa y va a multar a quienes bajen con perros a la playa. ¡Guau! Extraño anuncio cuando hace tiempo que la normativa existe pero sencillamente no se cumple. Más allá de lo trascendente o no que resulte el asunto de los perros y sus inmundicias en lugares públicos, el trasnochado anuncio de la Intendencia revela una actitud que se repite una y otra vez: luego de debates jurídicos, políticos y, a veces, las menos, filosóficos sobre diversas cuestiones de la sociedad, se dictan normas y reglamentos, en general severos y abstrusos —muchas veces abstrusos por severos—, que luego simplemente no se cumplen. Esto es así para los dueños de los perros pero también se da en el área de la salud, en la industria, en el comercio. Para abrir ciertos locales exigen habilitaciones de Bomberos, de la Intendencia, de Bromatología, de Espectáculos Públicos, del Instituto de la Niñez y la Adolescencia, de Salud Pública, del BPS, de la Policía; pero una vez que se atraviesa el laberinto de la burocracia, que de algo tiene que vivir, todo es un viva la pepa. Y los inspectores brillan por su ausencia. Y no pasa nada. No se controla debidamente a las clínicas privadas (cuando cerraron una la abrieron en otro lado y tan campantes); a los laboratorios de análisis (ídem lo anterior); a las mutualistas; a las farmacias; a las casas de salud (pobres de algunos viejos); a las fábricas; a los frigoríficos (cuando se detectó que alguno contaminaba la comuna fue y vino pero nada pasó); a los boliches bailables; a los bares (algunos en plena Ciudad Vieja son una especie de trampa que no pueden ni deben tener el ok de Bomberos); a los conductores borrachos (¿cuántas veces sopló el espirómetro?); a las empresas forestales (¿cuántas inspecciones hubo a quienes tienen a los monteadores viviendo en condiciones de explotación?); y la lista podría seguir y seguir. Y eso se transforma en (in)conciencia colectiva: que no pase nada contigo es una garantía de que no me pasará a mí. Y por eso, cuando estés en la playa y te venga a olfatear un rottweiler, aflojate y disfrutá: es la confirmación de que el orden establecido vive y ladra, y ninguna maldita ley lo va a cambiar. (gpereyra@observador.com.uy)